

RESEÑA

“El historiador como científico social y su papel en el análisis de los problemas económicos, sociales y políticos de la América Latina y del Ecuador.” En A. Cueva et al, Política y Sociedad (Quito.Solitierra), 1976, pp. 95-141.

CARLOS PESÁNTEZ CABRERA*

JUAN MAIGUASHCA: EL DESAFÍO SOCIOLÓGICO DEL HISTORIADOR

La historiografía (es decir "historia" y escritura) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja -y casi el oxímoron- de la relación de dos términos antinómicos: \ 10 real y el discurso. Su trabajo es unirlos, y en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer como si los uniera

Michel De Certeau, *La escritura de la historia*

A la vuelta de casi 46 años de la publicación del primer volumen de la célebre Revista Ciencias Sociales en 1976 por parte de la antigua Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central del Ecuador, la misma que fue institucionalizada como facultad por derecho propio en años recientes, resulta refrescante reseñar un artículo del reconocido historiador ecuatoriano Juan Maiguashca aparecido en aquel número fundacional.

Curiosamente el primer número de la revista contiene cuatro artículos cuyos autores son Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, Alejandro Moreano y Juan Maiguashca, a quienes podemos referirnos como los decanos del pensamiento social de la segunda mitad del siglo veinte en nuestro país. Lo mismo que bien comprendidos resultan ser menos artículos episódicos que serios programas de investigación. Es decir, en estos aportes cristalizados en aquel memorable número expresan de manera conjunta, si bien no menos azarosa, el estado maduro de la sociología ecuatoriana. Fueron estos intelectuales quienes nutrieron abundantemente el terreno para la emergencia de las ciencias sociales como disciplina, si bien su obra no se reduce a esto, considerando los efectos de su influencia hasta el día de hoy de la obra de estos autores.

* Docente, Facultad de Artes, Universidad Central del Ecuador.

I

Para la reseña me ceñiré al artículo de Maiguashca que lleva el detallado título de *El historiador como científico social y su papel en el análisis de los problemas económicos, sociales y políticos de la América Latina y del Ecuador* (1976). Maiguashca es muy conocido como historiador por sus renovadoras contribuciones al estudio del Estado ecuatoriano y la historia de América Latina. Sin embargo, la importancia de este artículo resulta paradigmática si consideramos el contexto en el que fue escrito, el cual se ve proyectado propiamente en el curso de la lectura de dicho artículo. Tratándose de un momento pendular en el campo intelectual nacional que tomó la forma de una presentación general de la situación teórica de la sociología ecuatoriana y sus temas expresada en el gran alcance del tratamiento teórico de los articulistas, Maiguashca centra su atención en las relaciones entre el historiador y el científico social mostrando de la deficiencia de las orientaciones desarrollistas y marxistas vulgares bastante comunes en la Latinoamérica de los años setenta.

En esos años su renovada visión annalita de la historia, muy difundida en Francia en donde el autor reside, contrastaba con el estudio popular de la historia muy corriente en el país en el contexto de esos años. Maiguashca parte de la constatación de la existencia de cierto provincianismo historiográfico que se conforma con la aplicación escolástica de algunas categorías tal como lo representan la teoría del desarrollo y las visiones marxistas. Frente a lo cual guarda sus reservas. Sirviéndole las enseñanzas de la Escuela de los Annales no sólo como un arma crítica frente a estas tendencias, sino como una estrategia conceptual e investigativa que puede hacer del conocimiento histórico la partera de nuevos científicos sociales críticos y rigurosos.

En efecto, se ve en este artículo la intención de Maiguashca de promover entre los científicos sociales ecuatorianos, sobre todo en el campo de los historiadores, el estudio de las bases teórico-metodológicas de la historia de las mentalidades y su aplicación en investigaciones históricas concretas. El autor pretende con ello la formación de nuevo historiador que pueda ir tras las huellas de la historia serial del capitalismo latinoamericano y la realidad ecuatoriana.

La aguda conciencia histórica de Maiguashca le permiten rápidamente tomar nota de las transformaciones sociales de su tiempo, caracterizado por la emergencia de un presente totalmente nuevo que vuelve insignificante cualquier conocimiento histórico. Pero esto no es lo que más lo inquieta. Su verdadera preocupación se fija en ese momento en la desconcertante inutilidad e invisibilización de la historia entre las ciencias sociales que practican sus colegas ecuatorianos, situación que ve más agravada aún debido el estado realmente larvario de las mismas en los años setenta.

Asimismo, para él la consagración de las distintas disciplinas de las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo veinte, no es necesariamente síntoma de mejoras en la investigación social, si bien en su evaluación es justamente este tipo de práctica la que más encanta a sus connacionales. En mucho porque ellas no persiguen tanto un conocimiento histórico como explicar el objeto social de sus disciplinas parcializadas y eso es lo que requiere el proceso de modernización del que está siendo testigo. Lo histórico había sido comprimido en el abstracto término de sociedad tradicional y hasta allí llegaba la historia latinoamericana. En este

sentido al descuidar la historia las ciencias sociales del proyecto modernizador de los años setenta, incluso las que llevaban a cabo sus propios críticos los llamados materialistas históricos, eran todavía incompletas y, por ende, poco científicas.

Es más, las relaciones de las ciencias sociales y la historia se producen en la forma de una subordinación cientificista. Así, de acuerdo con el concepto popular de historia que se contenta con narrar hechos y fechas, en el mejor de los casos la historia puede prestar un servicio auxiliar a las ciencias sociales, pero por sí mismo el conocimiento histórico no tiene las condiciones para sacar resultados o conclusiones acerca de la realidad social. Se piensa a las ciencias sociales sobre la premisa de una especie de superioridad epistemológica, y por ende científica, de las disciplinas sociales sobre las históricas.

II

Para argumentar en contra de estas posiciones equívocas que ven en la historia una desafortunada disciplina menor o una inagotable fuente de ideología, no se desgata intentando contraponer un modelo a otro modelo. Lo que hace es recurrir al mismo arte del historiador remitiéndose a su imbricado objeto: la historia. Así, empieza realizando una exposición genética o intrínseca de su objeto considerando a grandes trazos el contexto interno y externo de la historia para detenerse un poco más en una discusión inmanente del mismo acerca de los desafíos del historiador annalista.

En el plano interno le ocupa observar el proceso histórico de autonomización del campo científico de la historia con respecto de la teología y la literatura en Occidente y la consolidación de sus estrategias metodológicas primarias ya a mediados del siglo XVII en Francia y Alemania. En este siglo podemos hablar ya de una disciplina histórica en sentido moderno. Por lo que no habría ninguna razón válida para condenar a la historia a ser una sirvienta a tiempo fijo de las otras disciplinas. Todo lo contrario, sería una disciplina científica fundadora del campo de las ciencias sociales, mucho antes que la sociología y la antropología.

Más encomiable resulta todavía la reflexión de Maiguashca de cara a la constatación histórica de este proceso, si consideramos la obra común de los maestros historiadores, concebida durante tres siglos, que tuvo como resultado la autonomización de este campo en una época madura del mundo moderno. Sus epígonos estelares, los eruditos italianos del siglo XVII; los célebres ilustrados Condorcet, Voltaire, Gattener en el siglo XVIII; todos ellos, así como Niebuhr, quien ya en las primeras décadas de los años decimonónicos hacía gala de un “método histórico crítico”, y Ranke: trabajaron por un proyecto común y fueron los responsables de institucionalizar a la ciencia de la histórica como disciplina científica en el siglo XIX. Un proyecto no sin dificultades y crisis.

Maiguashca explora su campo a partir de un examen de sus crisis recurrentes fechando la primera a finales de los siglos XVII; la segunda a finales del siglo XVIII y una tercera a mediados del siglo XX. La crisis que más le interesa destacar y en la que se detiene el autor es asalto al templo del positivismo historicista rankeano que por mucho tiempo había permanecido inexpugando por

parte de la Escuela de los Annales. Esta irrupción le parece hasta cierto punto modélica de lo que debía ocurrir en las ciencias sociales ecuatorianas.

En realidad, lo que le interesa al autor es introducir las bases teóricas, epistemológicas y metodológicas del annalismo en las ciencias sociales ecuatorianas para acelerar su reconocimiento e institucionalización. Él pensaba que este despertar del conocimiento histórico en Francia provocado por los annalistas que había devuelto a la historia su estatus de ciencia social plena, y que en los años setenta se había ya convertido en una transnacional del pensamiento histórico en Occidente con sucursales y seguidores en todas partes, podía servir asimismo para elevar el conocimiento histórico local al grado de ciencia, no por vías positivistas, sino con la ayuda de la historia de las mentalidades.

Con ello llegamos al contexto externo de la cuestión. Se podría decir que Maiguascha considera a la revolución historiográfica francesa la gestora de una ciencia histórica propiamente científica representada inicialmente por la publicación de un conjunto vasto de obras que causaron rupturas a la vez que propusieron un nuevo corpus. Lo que se podría resumir en los tres ejes cruzados que Le Goff menciona fueron distinguidos por Bloch y Febvre para el “historiador historia económica y social, la historia de las mentalidades, las investigaciones interdisciplina” (Le Goff, 2005: 130).

La enseñanza del nuevo paradigma fue la *historia-probleme* o historia interdisciplinaria. Lo que se había expresado en esas obras era que la historia es una ciencia social. Se hace nueva historia o historia científica en la medida en que la historia dialoga con sus pares. Es decir, la posibilidad de estatus científico solo viene dada por su calidad interdisciplinaria. De su diálogo fundamentalmente con la sociología, economía, demografía, antropología y la geografía, el conocimiento histórico podría encaminarse a sedimentar para siempre las bases fundacionales de la disciplina.

Abriendo el objeto de la historia, o sea la sociedad, al resto de ciencias sociales ella misma gana en científicidad al demarcar mucho más definidamente el ámbito del mismo. En efecto, a decir de los annalistas la historia es una sola, pero no tiene un ritmo. En este sentido lo que interesa estudiar al historiador annalista es el tiempo pasado de la sociedad como objeto de reflexión científica en el presente, o sea, la historia o tiempo histórico para conocer el presente. Así, detrás de las cortinas disciplinarias de las ciencias sociales siempre permanecerá la historia total que solo puede ser aprehendida y estudiada interdisciplinariamente.

Con esto cualquier acceso privilegiado a la verdad de la realidad social por parte de cualquier ciencia social que quiera arrogarse ese derecho queda condenado a convertirse en una ilusión científicista y positivista ingenua. El exceso de evidencia empírica acarreado por las sendas investigaciones de los annalistas les servirá de sustento para ratificar en lo posterior esta condición interdisciplinar de la historia y de todas las ciencias sociales.

Consecuentemente, se instaura a nivel de los principales centros de estudios universitarios de Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos un largo proceso sistemático de institucionalización caracterizado por una abundante cantidad de obras publicadas, la fundación de centros de estudios históricos específicamente annalistas y la creación de revistas académicamente relevantes creadas para difundir el nuevo paradigma.

Maiguashca es consciente de la creciente onda de institucionalización de la Nueva historia, y justamente por lo mismo destaca su interés de introducir en las nacientes ciencias sociales ecuatorianas el derrotero fijado por los annalistas en otros países.

III

En el plano inmanente propongo inicialmente rastrear las líneas teóricas principales de la argumentación de Maiguashca por medio de un prisma que sin salirnos de nuestro afán de exponer los lineamientos de la Nueva Historia que resalta el autor, nos permita referirnos a los vasos comunicantes que conectan a los problemas de los annalistas con el marxismo, los mismos que a su vez están interconectados con la obra de Durkheim. Quien permanece inconfundiblemente en el trasfondo de las reflexiones annalíticas, y fue muy influyente en la sociología y la antropología francesa durante toda la primera mitad del siglo veinte. En un grado superior a la influencia de la obra de Marx entre la intelectualidad francesa más sobresaliente de ese tiempo. De hecho, la obra de Durkheim fue tempranamente reconocida, aceptada e institucionalizada incluso en vida del propio autor.

Lo importante es reconocer que las obras de Marx y Durkheim pesan en general sobre la mayoría de los annalistas más destacados. Pero que lo hacen de una forma distinta y en diversos grados. Mientras que en el caso del segundo entre los annalistas su influencia se vive como un desplazamiento o una subordinación con resistencias de la disciplina histórica a la sociología, a la vez, que como un encanto por los reveladores aportes científicos de Durkheim, embebida de conocimientos antropológicos e históricos; en el caso del primero, los recién llegados no rivalizan con la obra de Marx, no se ven frente a ésta como un competidor, todo lo contrario, la encuentran muy atractiva. Este híbrido disciplinar teóricamente muy fundamentado que resulta la obra de Marx, compuesta de estudios económicos, sociológicos, históricos, etc., les parece en su momento algo análogo a los que ellos mismos intentaban hacer (Burke, 1997: 97). Debido a los límites de este breve ensayo me voy a detener en la influencia del marxismo sobre los annalistas dejando en suspenso las relaciones con la escuela de Durkheim. Haré asimismo una exploración sobre la estrategia braudeliana intentando con ello develar como tal la estrategia del propio Maiguashca.

a.

Es muy posible que el marxismo atrajera a los analistas a cuentas del carácter interdisciplinar de los vastos resultados logrados por Marx. El marxismo ha sido desde su origen quizás la más interdisciplinar de las culturas científicas modernas, cuya influencia se extendió después de la segunda posguerra por todos los campos de las ciencias humanas sin excepción, incluyendo las escuelas más reconocidas en los distintos subcampos. Por ejemplo, en el psicoanálisis, la fenomenología, el existencialismo, el estructuralismo, etc. El marxismo se viralizó así durante toda esa época en las universidades de todo el planeta, intensidad que fue disminuyendo en adelante hasta fines de los ochenta en que el marxismo empezó su retirada. Curiosamente, en el mismo momento en que paralelamente la historia estructuralista de los annalistas también perdía vigencia o aparecían nuevos

problemas, enfoques y temas, como los recogidos en el gran trabajo compilador de Le Goff y Nora (1984; 1985; 1978), que ponían en cada vez más dificultades a dominio del largo reinado annalistas.

En todo caso, en ese momento la crisis de los analistas no es la misma que viven los marxistas. Mientras los marxistas se replegaron del horizonte académico universitario los annalista se reformularon desde sus bases. Se puede conceder incluso a los annalistas haber intuido muy pronto la crisis del marxismo, pues, distinguiendo sin mucho esfuerzo la obra de Marx de los manuales soviéticos, expresión del marxismo vulgar, al que mantuvieron lejos de su obra evitando el formalismo y positivismo del materialismo histórico. Y tuvieron toda razón de hacerlo, si consideramos la travesía de este supino materialismo que ahora nos parece más una teoría esencialista de la historia que una apuesta científica. O sea, un cadáver revitalizado de la metafísica hegeliana artificialmente puesto de pie con datos empíricos. Lo que Ranke hizo con la historia de las naciones, los marxistas vulgares, al escencializar la historia, lo terminaron haciendo con la historia de las sociedades. Supongo que el annalista de hoy no estaría en desacuerdo.

Para distinguirse de esta filosofía de la historia que había canonizado la obra de Marx, el historiador annalista prefirió tempranamente plantearse preguntas al modo de Braudel, es decir, interrogantes que puedan ser respondidas empíricamente e interpretadas por el historiador, con el propósito siempre de contribuir significativamente al campo general de estudio (Braudel, 2002: 218). Y es, precisamente, entre todo el legado de la historia de las mentalidades, de la obra de Braudel, de donde Maiguashca extrae la premisa metodológica general de la estrategia annalítica.

Pero con ello el autor nos trae nuevamente de la historia a la sociología y al marxismo, pues, no hay entre los annalistas alguien más cercano a estos campos que el propio Braudel (2002: 175). No sólo se puede reconocer en Braudel un sociólogo cuando, citado por el autor, aclara “como dice la sociología el objeto de la historia no es las personas, sino las sociedades humanas, los grupos organizados” (Maiguashca, 1976: 114). Sino alguien extrañamente cercano a Marx cuando menciona: “el genio de Marx, el secreto de su prolongado poder se explica en que él fue el primero en elaborar verdaderos modelos sociales, y a partir de la larga duración” (2002: 176). O cuando defiende a Marx:

El desdén a Karl Marx en todo este desenfreno idealista que nos proporciona, casi regularmente, el estudio de las civilizaciones, me parece pueril. En realidad, nosotros, los historiadores, debemos iniciar toda una serie de diálogos con cada uno de los grandes sectores de las ciencias humanas (Braudel 2002:227).

De lo que podemos presumir que las relaciones Braudel/Marx no son frías, sino que podemos hablar de una relación intelectual de constante cercanía y distanciamiento. En este sentido los dos gruesos volúmenes de su obra más conocida, *El Mediterráneo en la época de Felipe Segundo* (1997), considerada uno de los tesoros de la Nueva Historia, pero también su monumental *Civilización material, economía y capitalismo* (1984), no es por supuesto sociológica ni menos marxista, sino

una demostración de una verdadera investigación transdisciplinar en ciencias humanas.

Por ello en su estudio del capitalismo el determinismo económico típico del marxismo vulgar es reemplazado no por un concepto sino por un análisis empírico de la vida material, de cual se desprende el antideterminismo braudeliano: una visión emergentista, podríamos decir con los recursos de sociología actual, de la vida social y su tiempo histórico. Desde este plano inmanente de la vida social se puede percibir su variedad multicausal y rizomática, cuya principal lección es que el tiempo de la sociedad no se caracteriza por un ritmo único capaz de contener dentro de sí toda la complejidad de la misma. Las sociedades tienen un ritmo de vida distinto.

De la estrategia braudeliana Maiguashca retiene la teoría de los tres tiempos o ritmos: las ondas de larga duración, de duración media y cortas, que en términos sociológicos se puede entender alternativamente como estructuras, coyunturas y eventos, que transcurren de manera inconsciente y pasan por desapercibidos por la conciencia social vigente. El analista dice Maiguascha se preocupa por estudiar esta dialéctica histórica entre estructuras, coyuntura y eventos (1976: 118-119). Pero siempre saliendo, podríamos añadir del océano de los eventos para llegar a la tierra firme de las estructuras, no sin el sabor de la dureza de una larga travesía intermedia en lo desconocido.

La preferencia de Braudel por la dinámica estructural, por la *longue durée*, no nos debe hacer pensar que Braudel es un estructuralista. A pesar de que el mismo se haya visto como tal: “por temperamento soy un estructuralista poco atraído por los eventos y solo en parte por las coyunturas”, dice Braudel sobre sí mismo citado por Maiguashca (1976: 119). Pues, a diferencia del estructuralismo, como ya anotamos antes, el annalista braudeliano no se deja encantar por ningún universalismo científico de búsquedas de regularidades suprahistóricas o suprageográficas sino constatables en un tiempo y espacio definidos. Podríamos decir que si bien el estructuralismo y la Nueva Historia se interesan por la larga duración constituyen dos caminos bifurcados y casi opuestos. Si los annalistas se interesan por esas regularidades es porque las encuentran como resultados de sus búsquedas en un espacio/tiempo definido no en los modelos. Hoy el estructuralismo nos resulta tan absurdo como el marxismo, con la salvedad de que ni Levi-Strauss se consideró nunca estructuralista, ni Marx un estructuralista.

Duración/no duración es así la diferencia del cruce entre estructuras, procesos y eventos. La historia caracterizada por esta dialéctica entre rupturas y continuidades, y es en este sentido la diferencia entre lo que dura y no dura. Por esta razón puede concebirse también a la historia de las mentalidades como una historia social integral de la cultura. Dice Braudel “El objeto de la historia no es las personas, sino las sociedades humanas, los grupos organizados”, (Maiguashca 1976: 114). Digamos, estamos en frente de un estructuralismo blando. A Braudel no le disgustaría la idea de que la historia es la historia de las estructuras, a diferencia de la acción de los seres humanos que la viven inconscientemente, pero agregaría a condición de que historiador encuentre en ellas “el juego múltiple de la vida” con todos sus movimientos, duraciones rupturas y variaciones (Braudel 1970: 97).

Esto habría que aclararlo en favor del propio Maiguashca pues la cuestión permanece flotando en su texto o no se deja explicar por sí misma. El annalista tiene encima de sus hombros la responsabilidad de encontrar la dialéctica de larga duración (Braudel 1970). Trabajo por llegar a la lógica difusa, invisible para los legos que solo estudian hechos, existente entre estructuras, coyunturas y eventos. Así, el annalista reconstruye teóricamente la multilinealidad del tiempo en base a su interpretación informada y con los procedimientos empíricos necesarios a la mano, siguiendo la punta del hilo de Ariadna de la historia.

Pero, si acudir a un modelo teórico exclusivamente histórico conduciría a un nuevo historicismo o hacia alguna fórmula remozada de metafísica de la historia: ¿De dónde podría el annalista extraer aquella *instrumenta manga* teóricamente tan requerida? Desde el punto de vista de las relaciones entre los annalistas y los marxistas Maiguashca extrae muy bien los distintos resultados beneficiosos para ambos casos, que traería esta colaboración. Por un lado, con la ayuda de los annalistas los marxistas reducirían el riesgo de formalismo y la rigidez de la teoría se enriquecería con investigaciones históricas concretas, mientras que los annalistas podrían beber teóricamente de la obra de Marx sin temor a envenenarse. Un ejemplo de esto lo constituyen desde la segunda mitad del siglo veinte los historiadores marxistas británicos, a los que Maiguashca no hace prácticamente ninguna alusión en su texto, considerando la relación primigenia entre marxismo e historia en el caso de esos intelectuales, cuyos artículos y obras se difunden crecientemente en mundo de habla inglesa casi contemporáneamente al proceso de institucionalización de la escuela annalista en Francia (Kaye, 1989).

En todo caso, volviendo al debate abierto por Maiguashca podemos decir acerca del puente entre annalismo y marxismo que él intenta construir, es una preocupación latente para el propio Braudel. Braudel podrá reprochar a los marxistas y a sus historiadores practicar una historia lineal; que no hay nunca un corte histórico decisivo en la investigación social; que en último término los cortes históricos pertenecen al annalista, es decir, no se encuentran en la propia realidad objetiva de forma; y mirará a diferencia del marxista tradicional la historia pasada o el tiempo histórico como un proceso abierto; pero, a pesar de todo ello, se sumergirá de vez en cuando en el marxismo para encontrar algunas de las claves de sus propias interrogantes.

En este sentido, es posible que el determinismo de Marx celebrado en sus textos canonizados por el marxismo stalinista, sirva a los annalistas mucho menos que el Marx de los distintos proyectos del *El Capital*, de los famosos manuscritos de 1857-58, 1861-63, 1863-82, o de las reflexiones sobre Rusia y demás escritos etnológicos. En donde se puede decir se halla el rico laboratorio de la obra del filósofo alemán y que ya parece anticipar allí al futuro annalista. Un annalista que incluso podría enseñar a un marxista investigar y estudiar como Marx.

Dado que no hay un corte decisivo entre pasado y presente el annalista transita entre las dos dimensiones de manera permanente en sus investigaciones. La dialéctica de la duración surge de este modo tras continuas e interminables comparaciones. En términos más fríos diríamos la dialéctica histórica de las sociedades no es sino el resultado del método de comparación. Tan difundido hoy en las ciencias sociales y, sobre todo, en lo que se llama la historia global (Barry & Thompson, 2006). Quizás el segundo capítulo de la historia integral lo esté en los

distintos rincones del planeta, más allá del Mediterráneo y Atlántico los objetos teóricos predilectos de los historiadores occidentales.

b.

Sin embargo, para volver al derrotero de mi reflexión me gustaría poner de relieve la matriz sociológica de la interpretación de Maiguashca y su evidente uso de las categorías de la dominación marxistas, tanto en la estructura de su diagnóstico como en los momentos más sensibles de su análisis. Esto es, a pesar de que su argumentación plantea un redil propio para los historiadores dentro de las ciencias sociales, el autor toma prestado del marxismo las herramientas conceptuales más pertinentes para él justamente allí cuando los recursos annalíticos ya no le son suficientes.

Lo dicho merece una aclaración previa. Es muy importante para nuestra argumentación aclarar previamente cuál es marxismo que Maiguashca tiene en mente en su artículo. Empecemos por considerar que el único autor “marxista” citado por él es André Gunder Frank. Cuya obra inicial no fue necesariamente rescatada por los marxistas latinoamericanos, y Agustín Cueva contaba precisamente entre sus principales detractores. En este debate fue Cueva quien venció muy tempranamente obligando a los dependentistas a retroceder en sus posiciones y reformular sus planteamientos, pero de acuerdo al balance histórico del mismo los marxistas latinoamericanos han preferido más recientemente articular a doble banda los desarrollos de Cueva y Marini —muy poco de Gunder Frank— en el análisis del capitalismo dependiente latinoamericano (Katz, 2016). Lo que es coherente, pues, ambas posiciones cada uno a su modo se reflejan en la misma obra de Marx, el cual no alcanzó a cumplir con su propósito de profundizar en su estudio del mercado mundial capitalista previsto en sus bosquejos tempranos. Entonces bien ¿A qué marxismo se refería Maiguashca o por qué consideraba a Frank marxista? Podríamos decir que en el flujo de esos años estos debates se consideraban como parte de la tradición marxista latinoamericana, cuyos intelectuales, muchos de ellos, participaban o simpatizaban activamente con el proyecto de revolución socialista. Es posible que Maiguashca haya preferido situar este debate en ese contexto y evitar así profundizar en él. De hecho, la postura de Maiguashca es muy prudente al señalar la pertinencia de algunas de propuestas marxistas, pero consecutivamente critica la fórmula metrópoli-satélite, el esquema vacío de material histórico que Frank, al que observa como un monista marxista, había construido. Que era al mismo tiempo, según decimos, el objetivo de la crítica furtiva de los propios marxistas regionales.

Para Maiguashca los estudios de Frank era un estudio interdisciplinario mal hecho que ofrecía una visión simplista del subdesarrollo (Maiguashca 1976: 131), y esa crítica la trasladó en general al marxismo al que concibe en el artículo discutido como una expresión del monismo, justificando como alternativa su visión interdisciplinar. El problema es que, como sostengo, en su artículo al menos su visión interdisciplinar está compuesta tanto de annalismo como de marxismo. Claro está que Maiguashca no confunde esta visión monista del marxismo latinoamericano con el marxismo soviético, pero parece ver en la postura de Frank, una vulgarización tal de los problemas teóricos y de interpretación histórica que lo

acercaba a los manuales de materialismo histórico muy comunes en aquella época. A estas críticas respondió el propio Frank abandonando a su tiempo el concepto dependencia antes formulado y reelaborándolo (Frank 1991), si bien su obra posterior no maduró en el sendero abierto por Marx, sino en el trazado por Braudel y Wallerstein¹.

Debido a la distancia que nos separa de esos tiempos podemos distinguir con más nitidez al marxismo crítico y del marxismo detenido. Pero esta distancia a la vez ha permitido, y no solo en Latinoamérica, a las nuevas generaciones leer a Marx sin mediadores. Lo que puede ser positivo, si bien esto no deja de ser difícil porque nuestro tiempo histórico no es el suyo. Así, por ejemplo, lo que les gusta a las ciencias sociales de hoy es el Marx académico el interdisciplinar. Seguramente ese es el mismo Marx que estudiaron los annalistas dejando en suspenso su compromiso comunista.

En este sentido, no creo que disguste a ningún annalista el que esta situación de dependencia categorial del marxismo o de las ciencias social por parte de historiadores se haga evidente. Pues, describe en realidad el hacer interdisciplinario de su oficio, ya que toma prestado con toda legitimidad de las otras ciencias sociales todas las herramientas requeridas por su investigación, en la medida en que la historia en tanto objeto es una sola. En todo esto surgen dos inquietudes: si se concede que cualquier conocimiento científico de la historia demanda una teoría, cuál sería en realidad el aporte teórico de la historia. Y, paralelamente, si la historia es indivisible, emerge la preocupación acerca de si la historia más allá del éxito de los analistas podría seguir contando buenas historias informadas científicamente, por así decir, sin esta contribución vital, del sociólogo al historiador. ¿Hasta dónde es autónomo verdaderamente el historiador de las prestaciones de la sociología?

Por ejemplo, para explicar la crisis de las distintas concepciones de historia Maiguashca se basa en un esquema sociológico de las rupturas, en su caso, el concepto de revolución. Que, si bien es proveído por el marxismo, pues, está construido a partir de una episódica sociología de la lucha de clases entre los intelectuales, no es un recetario para el pueblo sino para los intelectuales. El esquema es el siguiente: una revolución consiste en la interacción de tres factores: primero hay que dar a conocer a los afectados e inconformes, quienes no lo aceptan el *statu quo*, el nuevo programa revolucionario que reemplazará al orden vigente; después hay que institucionalizar dicho programa en medio de todas las turbulencias; y, para consolidarlo, asegurar “el respaldo del pueblo” en dicha tarea (Maiguashca: 111).

A primera vista pareciera que el historiador annalista se ha vuelto un investigador populista. Pero no hay tal cosa. En realidad, la metáfora de Maiguashca, podríamos decir con la ayuda de la metaforología de Blumenberg (2003), es un preconceito que ha sido abstraído por las ciencias social de la

¹ Vale aclarar algo. Cuando en este artículo se haga referencia al marxismo vulgar será para referirnos a la visión escolástica del materialismo histórico popularizada por el estalinismo y a las otras derivaciones de marxismo popular vigente en esos años que Maiguashca podría tener en mente. En cambio, hablamos simplemente de marxismo para referirnos tanto a la obra de Marx como a su herencia crítica.

experiencia histórica moderna de la Revolución Francesa y las Independencias americanas. El modelo de toda revolución futura, de toda revolución que se diga tal, parece que ha sido extraído de estos sucesos universales. Fue el modelo de revolución de ruptura que por cierto se institucionalizó entre las corrientes socialistas del siglo XIX y del XX como una especie de política ontológica de la discontinuidad.

Hecho al que la teoría y el pensamiento no fueron ajenos. Pues es la fuente modélica del concepto de lucha de clases de Marx, del amigo-enemigo de Schmitt, de la sociología bourdeana, etc. Por ello, hay que reconocerle a Maiguashca el haber sido uno de los primeros en nuestro campo en ensayar una sociología de las luchas simbólicas del campo intelectual, de manera cercana al principio de reflexividad bourdeano más que del marxista, que más tarde se hará muy recurrente en las ciencias sociales.

Pero no por esto podemos decir que el annalista no es más que un marxista camuflado. O que la investigación annalítica no sea otra cosa que marxismo sofisticado para comunistas de café, en vez de marxismo popular amasado para el pueblo llano. Nada de eso. Más bien su visión es que la Nueva Historia se convierta en el caso latinoamericano y ecuatoriano particularmente en una alternativa a las visiones dualista (modernista-desarrollista) y monista (marxista) que de acuerdo con el autor pierden su tiempo debatiendo en si formación social latinoamericana es capitalista o feudalista.

La alternativa annalista a este falso problema es captar la unidad del tiempo histórico o lo social de una totalidad. Y la única forma de asir lo social es la interdisciplinariedad por medio de una colaboración entre las ciencias sociales. Inversamente al esquematismo matemático de los desarrollistas y a su división tradicional burguesa del trabajo intelectual en disciplinas separadas, Maiguashca antepone la colaboración entre las mismas (1976: 115).

Para el autor, lo que hay que demostrar es cuál esa peculiaridad de la formación social latinoamericana desde un punto de vista espacial y temporal. Con lo cual adquiere relevancia no sólo la categoría temporal tan preferida por los annalistas, sino también la categoría de espacio. Esta dialéctica de lo espacio/temporal es justamente lo que olvidan las visiones desarrollistas y marxistas.

El desarrollismo y su ideología etapista, así como el materialismo determinista lejos de comprender esta dialéctica la distorsionan y la ensombrecen. Resultan modelos omniabarcantes que padecen de formalismo. Si bien el marxismo padece en alguna medida menos de este mal, pues recurre a la historia como plano inmanente de su propuesta, a proponer la división analítica de la sociedad entre factores económicos y no económicos como si esta fuera la naturaleza misma de lo social, su modelo termina destruyendo el mundo socio-histórico que intenta investigar.

Esto vuelve a poner de relieve inmediatamente la interdisciplinariedad de las ciencias sociales. Y es el modelo interdisciplinario el único capaz de responder a esta tarea. Maiguashca siguiendo a Braudel “recomienda experimentar con modelos que admitan factores extradisciplinarios como factores endógenos” (1976:134).

Solo así se hace posible reintroducir la historicidad perdida del mundo social dentro de las ciencias sociales latinoamericanas. El annalista al estar dotado de su visión de totalidad puede observar las diversas articulaciones generales y distinguirlas las específicas de acuerdo a objeto de investigación demarcado por el propio historiador. Como no esencializa su objeto de investigación traza su *historie-probleme* a su mejor conveniencia. No está atado por ende las categorías y esquemas del modelo.

Preparado como está puede captar el hilo de esta generalidad y zurcir magistralmente con él coyunturas y eventos. De esta manera, inserto en el cruce de lo sincrónico y diacrónico, es decir, entre las simultaneidades y sucesiones, llega a develar la “dialéctica de la duración” de lo social. La dialéctica entre las estructuras que garantizan la continuidad de la totalidad histórico social al encarnarse en lo cotidiano y los procesos de cambio promovidos por las distintas rupturas emergentes en esa totalidad.

Recapitulando, la esterilidad de la distinción capitalismo/feudalismo para estudiar las relaciones sociales y económicas existentes en América Latina, es descartada por medio de la introducción de una nueva distinción analítica duración/no duración. Dice Maiguascha, por ejemplo, que el analista debe prestar atención a los

[..]cambios experimentados por los varios tipos de sociedades históricas de la región dando especial atención a periodos de ruptura estructural. Fenómeno que existe en nuestra historia y que hasta el momento ha permanecido ignorado. Una historia analítica de rupturas por lo tanto permitiría fijar una lógica de las sucesiones históricas en América Latina (136).

De esta manera el autor resta importancia a la gran pregunta vigente en los años setenta acerca del carácter de nuestras sociedades feudal o capitalista de nuestras sociedades. Lo que le interesa a Maiguashca son investigaciones históricas de carácter concreto, interdisciplinario y práctico. No los modelos abstractos.

IV

Pero con todo lo dicho queda aún suelto me parece el tema de la colaboración teórica y metodológica entre sociología y la historia, y, podría decir, entre todas las ciencias sociales. En la medida en que la historia depende de las herramientas de la sociología para salir del atolladero de la historia y ordenarla teóricamente en beneficio del conocimiento social en su conjunto, el objeto de las ciencias sociales queda epistemológicamente indeterminado, pues, no sabemos cuál será en realidad su objeto: si la historia, la sociedad, los grupos humanos, etc. Y, a la vez, se diluye en el conocimiento de las regiones geográficas y las sociedades nacionales. Con lo que las ciencias sociales para hacerse una idea global de la sociedad tendrían como tarea ajustar las distintas piezas de un rompecabezas suprahistórico buscando encontrar las regularidades pseudohistóricas de cada región. También así proceso la sociología del desarrollo.

Esto puede tener graves consecuencias. Esta situación de indeterminación epistemológica puede llegar incluso a poner en duda el estatuto científico de las ciencias sociales. Y frente a esto ni la idea de la interdisciplinariedad, de una historia no determinista, de un inconsciente sociológico de la historia social, de su abundancia empírica, resuelven el problema porque simplemente persiste la cuestión de saber acerca de qué estamos investigando.

Sin embargo, creo que se podría superar este hiato aprovechando desde una visión transdisciplinar no solamente la colaboración interdisciplinar propuesta por Maiguashca. Si juzgamos con prisma contemporáneo, en cierta medida el marxismo ha obrado no solo inter sino transdisciplinarmente desde sus orígenes y quizás se deba su gran éxito persistente en las ciencias sociales hasta hoy.

En el caso de Marx su procedimiento transdisciplinar fue desarrollar una teoría general del capital que bebía de la economía, la historia, la demografía, las matemáticas, etc. Es decir, no se propuso contribuir a ninguna ciencia en particular, su interés era estudiar científicamente la complejidad de las regularidades fundamentales del proceso producción y reproducción del capital en su conjunto, como fenómeno moderno de alcance mundial, desde una exposición de su génesis y estructura económico-social que parte del objeto empírico mismo. Como bien ha señalado Braudel, el concepto de capitalismo es extraño a Marx, su unidad analítica de reflexión era el capital, el concepto de capitalismo fue introducido por los socialistas a finales del siglo XIX (Braudel 1970: 120). Como sea que fuere de la obra de Marx se desprendieron en el transcurso del siglo anterior varias subteorías que no conviene mencionar aquí. Es decir, se trata de una teoría general de la sociedad de alcance global que es pródiga teórica y metodológicamente pues permite la emergencia de más programas de investigación científica en el sentido de Lakatos, si bien esto sigue siendo problemático (Smith 1997).

Pero como el caso de Marx, podríamos citar el caso de Weber, Durkheim, Freud, Parsons, Levi-Strauss, Elias, Lacan, Lotman, Luhmann, Bourdieu, Foucault, Archer, Elster, etc., quienes a su modo también construyeron transdisciplinarmente teorías generales de la sociedad. El hecho de que algunos partan de la sociedad, la cultura o el inconsciente no invalida la perspectiva de una teoría general de la evolución socio-cultural que está inscrita en ellas.

Entre tanto, una vez que el nuevo retorno a Marx en Asia, Europa y EEUU ha demostrado infranqueable en el estudio de la estructura lógica del capital, el éxito del paradigma en el aspecto económico dado por la mundialización de la ley el valor y la comprobación a escala global de la *ley de la tendencia creciente de la tasa de ganancia*, este éxito contrasta con la pertinencia de su aplicabilidad en otras regiones de análisis de la sociedad capitalista. Son estas regiones epistémicas que el mismo desarrollo de la sociedad moderna ha oscurecido de nuevo, cierta apertura hacia desarrollos teóricos alternativos sería muy recomendable. De esta manera el annalista actual podría escoger de una oferta más nutrida en el campo teórico el punto de partida que mejor le convenga, la sociedad o la cultura, de acuerdo con el objeto de su investigación.

Con ello, el reto sería para el historiador como para cualquier científico social, seguir construyendo desde investigaciones transdisciplinarias efectivas la *teoría general de la sociedad*. La idoneidad de estos aportes contribuiría a la vez a la

consolidación de los distintos subcampos de las ciencias sociales. En la sociología de finales del siglo pasado fueron Luhmann y Bourdieu quienes de manera más aguda contribuyeron a la integración de una perspectiva transdisciplinaria en una teoría general de sociedad. Se recomienda al historiador estudiar también estos desarrollos.

La tarea del historiador no consiste en buscar corregir el monismo marxista ni menos el dualismo desarrollista. La diferencia entre el sociólogo y el historiador es sólo de grado de tiempo o una diferencia de tiempos (1970: 97-98). Se puede añadir, “la historia es la ciencia de los hombres en el tiempo” (Maiguashca 1976: 115), como dice Bloch citado por el historiador ecuatoriano. En estos términos la tarea del sociólogo empieza donde termina la del historiador.

Pero si consideráramos las ventajas del historiador de nuestro tiempo sobre sus pares de la segunda mitad de siglo XX, no sólo haríamos referencia sin duda al vasto horizonte teórico que la teoría general de la sociedad ha puesto hoy a su alcance. Sino también de una manera más esencial a los nuevos desarrollos del conocimiento histórico. Los historiadores posteriores al annalismo como se sabe llevaron la Nueva Historia más allá de los paisajes del Mediterráneo y el Atlántico que tanto fascinaron a Braudel y Chaunu, gestando con ello severas transformaciones dentro de este campo a finales de los años ochenta (Chartier, 1992). Aunque este proceso sufrió una asombrosa aceleración desde los años noventa como consecuencia histórica de la Caída del Muro de Berlín cuyos efectos en las ciencias sociales fueron catastróficos.

Desde entonces la Nueva Historia se ha convertido en Nueva Historia Global (Mazlish 2006). Pero también se han forjado otros campos del conocimiento, y en muchas partes brotaron en los últimos años varias escuelas ancladas en la *longue durée*, con la particular diferencia de que esta vez se aplica la estrategia annalita a escala global. Ejemplo de esto lo son la Gran Historia (McNeill, Stavrianos, Conrad, Subrahmanyam); la Historia Mundial (Hodgson, Stern, Boucheron); la Historia Social y la Nueva Historia Cultural (Burke, Chartier, Davis, Hunt), etc.

Por otro lado, algunos historiadores contemporáneos, en el otro extremo del asunto, han hablado de una crisis del régimen de historicidad moderno después de los noventa, de profundas consecuencias civilizatorias, que ha tenido como resultado el retorno del *acontecimiento* (Hartog 2007, Gumbrecht, 2005). No obstante, hay todavía un campo no menor relacionado con la historia heterotópica del acontecimiento o contra-historia decantado de la obra de Foucault que lamentablemente aún no ha logrado desarrollarse suficientemente en el campo real de las investigaciones (Veyne, 1984; De Certeau 1985). Lo mismo podemos decir de la llamada historia de la memoria inspirada en la obra de Benjamin (Traverso 2011). Una visión panorámica sobre estas bifurcaciones y sus consecuencias ya ha sido ofrecida por algunos autores (Burke 1991; Curtis 2003; Aurrel 2017; Chartier 2005).

Dentro de todas estas transformaciones del conocimiento histórico la más compleja y crítica se refiere al proceso de desoccidentalización del campo, que atraviesa desde hace un par de décadas al conjunto de las ciencias sociales (Bayly, Blaut, Osterhammel, Chakraborty). En este sentido nos podemos referir a la emergencia de las historias globales provocada por el gran cisma de los llamados

estudios no eurocéntricos, especialmente, a los estudios globales y subalternos dentro y fuera de las fronteras culturales de Occidente donde las obras de Said, Guha, Spivak y Bhabha siguen alimentando a los espíritus críticos. En el caso de América Latina y el Caribe nos son familiares al respecto las obras Mignolo, Vengoa, Zimmerman, C. L. R. James, Williams, etc.

Como podemos ver, después de esta gran explosión creativa del annalismo, no existen una estrategia única para el estudio de la historia de América Latina. Todo depende de las herramientas que escojan los investigadores en función de los propósitos de su investigación.

V

En conclusión, a la vuelta de casi cinco décadas, ya no es posible fundar en nuestro país el conocimiento histórico sobre las enseñanzas de la Nueva Historia. La Nueva Historia se hizo muchas historias. Si bien se puede rescatar para nuestro presente el método comparativo y transdisciplinar que caracterizó a los annalistas.

Con las conquistas teóricas y metodológicas alcanzadas el historiador ecuatoriano no tiene porque someterse a ningún *ismo* académico. Así, por ejemplo, para leer a Marx no hay que ser marxista. El marxista con todos los adjetivos que podamos sumar (leninista, trotskista, stalinista, maoísta, gramsciano, etc.) como figura intelectual/militante hace parte de una tradición que la caída del Muro de Berlín enterró entre sus escombros. En todo caso, lo que queda es el marxismo de Marx cuya obra no fue enterrada allí, pues, esta sigue discutiéndose. La distancia que nos separa de los años del dominio del marxismo vulgar soviético ayudará al historiador actual a no confundir la obra de Marx con los manuales para poder leerla desprejuiciadamente.

Con tantas transformaciones históricas acontecidas y con dos cambios de era de por medio, la caída del Muro de Berlín y la invasión militar rusa de Ucrania el 24 de febrero de 2022, lo que sin duda debe asombrar todavía Maiguashca, quien todavía vive, es que el proceso de institucionalización de la historia o del conocimiento en nuestro país no haya terminado por consolidarse y sea todavía una tarea pendiente para los historiadores nacionales. A más de unos pocos casos emblemáticos nuestra historia sigue siendo provincial. Sin nuevas carreras universitarias, centros de estudios, revistas o corrientes intelectuales que lo promuevan o lleven a cabo, es posible que el proceso de institucionalización del conocimiento histórico viva su propia larga duración por unos cincuenta años más.

Su otra gran preocupación debe ser el gran ostracismo de los intelectuales ecuatorianos presente ya por décadas que ha causado un retroceso en las ciencias sociales ecuatorianas. Esta decadencia se muestra en el presente de la historia intelectual nacional de manera totalmente desconocida e inversa a como irrumpió en el pasado, cuando autores como Echeverría, Cueva, Maiguascha y Moreano prendieron la chispa del pensamiento crítico ecuatoriano. Es triste decirlo, pero a esa “nueva promoción de científicos sociales ecuatorianos” estaban “empeñados en sentar las bases para una comprensión científica de los problemas del país” (Maiguashca 1976: 137), no le ha seguido ninguna otra relevante que haya podido estar su nivel. Las ciencias sociales ecuatorianas siguen siendo precarias

Pero esto no lo resolveremos introduciendo modelos en nuestras ciencias sociales para luego institucionalizarlas sobre la base endeble de alguno que esté a la moda. Sólo la historia puede institucionalizar a la historia, es decir, es por la vía de investigaciones efectivas de la historia nacional, realizadas unas tras otras sin descanso, que lograremos un acumulado de esa herencia intelectual que permita institucionalizar a las ciencias sociales ecuatorianas. Eso quiere decir que tenemos que investigar más y seguir trabajando hasta encontrar la dialéctica de nuestra duración.

BIBLIOGRAFÍA

- Aurell, Jaume (2017). *La escritura de la memoria. De los positivismos a los posmodernismos*. Universitat de Valencia.
- Barry K. G. & Thompson W. R. (2006). Globalizations, global histories and historical globalities. En Barry K. Gills and William R. Thompson (Eds.), *Globalization and Global History* (1-15). Routledge.
- Bloch, M. (2001). *Apología de la historia o el oficio del historiador*. Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, F. (1997). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe (Vol. 1-2)*. Fondo de Cultura Económica
- Braudel, F. (1984). *Civilización material, economía y capitalismo (T. 1)*. Alianza Editorial.
- Braudel, F. (1970). *Historia y ciencias sociales*. Alianza Editorial.
- Burke, P. (1999). *La revolución historiográfica francesa*. Editorial Gedisa.
- Burke, P. (1996). “Obertura”. *Formas de hacer historia*. Pp. 11-37.
- Chartier, R. (2005). *El presente del pasado. Escritura de la historia e historia de lo escrito*. Universidad Iberoamericana.
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultura*. Editorial Gedisa.
- Curtis Jr. L. P. (2003). Introducción. En L. P. Curtis Jr. (Comp.), *El taller del historiador*. Fondo de Cultura Económica. 9-25.
- De Certeau, M. (1985). *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana.
- Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencia*. Universidad Iberoamericana.
- Gumbrecht H. U. (2005). Producción de presencia. Lo que el significado no puede transmitir.
- Frank, A. G. (1991). *El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico*. Editorial Nueva Sociedad.
- Katz, C. (2018). Críticas y convergencias con la Teoría de la Dependencia. *Revista Ciencias Sociales*, 1(38), 165–179. Recuperado a partir de <https://revistadigital.uce.edu.ec/index.php/CSOCIALES/article/view/932>
- Kaye, H. J. (1989). *Los historiadores marxistas. Un análisis introductorio*. Prensas Universitarias Editorial.
- Le Goff, J. (2005). *Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso*. Ediciones Paidós.
- Le Goff J. y Nora P. (1984). *Hacer la historia. Volumen 1. Nuevos problemas*. Editorial Laia

- Le Goff J. y Nora P. (1985). *Hacer la historia. Volumen 2. Nuevos enfoques*. Editorial Laia.
- Le Goff J. y Nora P. (1978). *Hacer la historia. Volumen 3. Nuevos temas*. Editorial Laia.
- Maiguashca, J (1976). El historiador como científico social. En Daniel Granda (Dir.), *Política y Sociedad* (95-141). Ediciones Solitierra.
- Mazlish, B. (2001). *The New Global History*. Routledge.
- Smith, T. (1997). Marx's Theory of Social Forms and Lakato's Methodology of Scientific Research Programs. En Fred Moseley and Martha Campbell (Eds.), *New Investigations of Marx's Methos* (76-97). Humanity Brooks.
- Veyne, P. (1984). *Cómo se escribe la Historia. Foucault revoluciona la historia*. Alianza Editorial.
- Traverso, E. (2011). *El pasado, instrucciones de uso. Memoria, pasado, política*. Prometeo Libros.